habian marchado ya, mas para que veais cuanto se puede alcanzar con el oro, básteos saber que los mismos servidores de ese vicioso prelado me dijeron la verdad, y así puedo aseguraros ahora, que las señoras estan detenidas.

Al oir esto Attilio, se pasó una mano por la frente, y sus ojos lanzaron una mirada sombria.

Julia conoció que sus palabras habian escitado la cólera y la indignacion del jóven, y acercándose á él, le rogó que se calmase y que tuviera presente que era preciso proceder con mucha prudencia para obtener la libertad de Clélia y de Silvia.

—Teneis razon, señora, murmuró Muzio, que hasta entonces habia permanecido silencioso.

Julia y sus dos amigos comenzaron á discutir entonces á fin de concertar un plan para obtener la libertad de la familia de Manlio, y desde luego se dispuso enviar un recado á Silvio, previniéndole que viniese á las diez de la noche.

Muzio tenia un corazon generoso, y aunque amaba á la hermosa estranjera apasionadamente, no esperimentó ningun sentimiento de celos cuando marchó á cumplir su comision, dejando sola á Julia, con su amigo Attilio. El jóven no ignoraba sin duda que tambien el artista tenia una alma noble, y que el amor de Julia era puro y verdadero, tanto mas cuanto que la linda inglesa sabia ya la historia de Muzio y sus desgracias.

Sin embargo, antes de que el jóven saliera de la casa, Julia se despidió de sus dos amigos, encargándoles no dejasen de ir á las diez á la Piazza, donde les esperaria en un coche para llevar á Silvia y á su hija á un sitio seguro, en el caso de que se consiguiera ponerlas en libertad.

La estranjera estaba resuelta á poner en juego todos los medios posibles para libertar á la familia del escultor, pero seguramente ignoraba los peligros á que se esponia con esto.

CAPÍTULO XVI.

Retribucion.

¡Justicia! ¡palabra sagrada! pero cuanto abusan de ella los poderosos de la tierra! Cristo fué crucificado en nombre de la justicia; por ella sufrió el tormento Galileo, y las leyes de esta injusta Babel, á la que por mal nombre llamamos la Europa civilizada, se hacen y se administran en nombre de la justicia. Esto no impide que en Europa se muera de hambre el hombre que desea trabajar, mientras el perezoso, y el que solo piensa en satisfacer sus vicios, vive en el lujo y disfruta de todos los placeres. En Europa hay unas cuantas familias que gobiernan las naciones, manteniéndolas en un contínuo estado de guerra, bajo el pretesto de que eso se hace en nombre de la justicia, de la lealtad, de la gloria militar y de otras cosas por el estilo.

Tambien el cardenal Procorpio y el padre Ignacio obraban en nombre de la justicia, ignorando seguramente que muy cerca del palacio, unos cuantos hombres de valeroso corazon, esperaban una hora dada para poner en libertad á toda costa á la familia del escultor Manlio.

Antes de pasar mas adelante, debemos entrar en algunos detalles para la mejor inteligencia de los hechos que vamos á referir.

Cuando Gianni indicó á Monna Aurelia y á Silvia que debian seguir al padre Ignacio, Clélia sospechó que la tendian un lazo, y sacando al momento un puñalito de oro que llevaba en el pelo, lo ocultó en su seno, á fin de poder hacer uso de él si se veia precisada á defenderse.

Entre tanto, el prelado se ponia su traje mas rico, esperando deslumbrar á la jóven con su magnificencia, y hacia todos sus preparativos para lo que él llamaba *intimar la rendicion de la fortaleza*. Cuando hubo terminado su tocador, el cardenal abrió la puerta de la habitacion donde estaba Clélia, y dirigiéndose á la jóven la dijo con acento bondadoso:

—Espero me dispensareis por haberos detenido tanto tiempo, hija mia, pero queria aseguraros yo mismo que nada debeis temer por vuestro padre, y deciros tambien que sois la mas hermosa de cuantas mujeres he conocido, y que me habeis inspirado una pasion que me abrasa desde la primera vez que os ví.

Al decir esto, el cardenal tomó una mano de Clélia y se la estrechó dulcemente.

Muda de admiracion la hija de Silvia al oir aquel lenguaje, y atemorizada al ver que la mirada amorosa del cardenal se fijaba en ella obstinadamente, púsose en pié, y se acercó á una mesa, por si acaso trataba de perseguirla el prelado.

Segura ya de que podia oponer una barrera con que librarse por lo pronto de los ataques del seductor, Clélia apostrofó al prelado, tachándole de miserable, pero este, sin darse por entendido, la aseguraba que no obtendria el perdon de su padre sin acceder antes á sus deseos. Clélia no queria escuchar las palabras del cardenal, y viendo este que no podia acercarse por que la jóven le interceptaba el paso con la mesa, hizo una seña convenida ya con

el padre Ignacio y Gianni, los cuales estaban ocultos en la habitacion contigua.

Comprendiendo Clélia en que peligro se hallaba, sacó su puñalito del pecho, y esclamó, poseida de indignacion:

—¡Tocadme si os atreveis! antes que someterme á vuestros infames deseos, me atravesaré el corazon de parte á parte.

El lujurioso prelado, que no creia en tanta virtud, se aproximó para apoderarse del arma de la jóven, pero esta le hirió en una mano y se mantuvo á la defensiva, radiante de hermosura en su majestuosa desesperacion. En aquel momento entraron los dos satélites del cardenal Procorpio, y entónces comenzó una verdadera lucha en la que mas de una vez consiguió Clélia herir á sus enemigos, hasta que al fin, Gianni pudo sujetarla por un brazo, en el momento en que iba á hundir el puñal en su pecho; el padre Ignacio habia cogido á la víctima por el otro, y como el cardenal la tenia ya asida por la cintura, no pudo la heróica jóven seguir oponiendo resistencia alguna, y fué conducida inmediatamente á una alcoba oculta tras un espeso cortinage.

En aquel momento, afortunadamente para nuestra heroina, oyóse un gran estrépito en el vestíbulo, abrióse de pronto la puerta del salon donde estaban el cardenal y sus cómplices, y aparecieron Attilio y Muzio, cuyo solo aspecto bastó para que trataran de huir aquellos miserables. Muzio, sin embargo, les cerró el paso, y dió una voz para que entraran Silvio y sus hombres, los cuales se habian provisto de una cuerda con la que ataron al cardenal y á sus servidores. Gianni y el padre Ignacio pedian gracia, mientras su Eminencia, rojo de cólera, lanzaba imprecaciones contra sus enemigos, pero sus palabras no fueron escuchadas; era llegado el momento de que aquellos hombres espiaran sus crímenes.

Al amanecer del dia siguiente, los primeros transeuntes que

pasaron por delante del palacio Corsini, vieron tres cadáveres suspendidos de una de las ventanas, y al subir á las habitaciones se encontró en el pecho del cardenal, un cartel con estas palabras:

«Así perecen todos aquellos que han introducido en las metrópolis del mundo los vicios, la corrupcion y la falsía, convirtiendo á nuestro país en un inmundo lupanar.»

CAPITULO XVII.

El destierro.

Los primeros rayos de la aurora comenzaban á reflejarse en los edificios de la ciudad eterna, cuando un carruaje tirado por dos vigorosos caballos, y dentro del cual iban cuatro mujeres, atravesó rápidamente los arrabales en direccion á las vastas y solitarias llanuras que se estienden mas allá de Roma, y en las cuales se vé de trecho en trecho una cruz de madera para recordar que en tal ó cual sitio se cometió un asesinato.

Al llegar á la pequeña casa de que ya hemos hablado, donde lloraba Camila la muerte de su padre, detúvose el coche, apeáronse las cuatro viajeras, y entonces tuvo lugar una escena conmovedora, de aquellas que nunca se olvidan en la vida.

Manlio pudo estrechar entre sus brazos á su esposa y á Clélia, y tambien Camila, aunque no se daba cuenta de lo que pasaba, atendido su estado mental, comprendió sin embargo que en aquellos momentos habia á su lado personas felices.

Despues de dirigirse mútuamente varias preguntas, Manlio se dirigió á Julia exclamando:

—¡Ay de mí! el destierro es lo único que nos queda; este infame gobierno no puede continuar en el poder mucho tiempo, pero hasta que caiga debemos ausentarnos, abandonando nuestros amigos y nuestra patria.

—Sí, sí, debeis huir, repuso Julia, mas yo confío que no será por mucho tiempo, y que pronto volvereis á Roma, para verla libre de su esclavitud. Mi yacht está anclado en Porto d' Anzo, y si nos apresuramos, dentro de pocas horas estareis embarcado.

¡Un yacht! Algunos de mis lectores se preguntarán qué clase de objeto es este, tratándose de los bienes ó propiedad de una mujer, y á los que no lo sepan, debo decirles que un yacht es un pequeño buque en el que los aficionados al mar, y sobre todo los ingleses ricos, hacen sus viajes de placer sino temen el furor de la tormenta, ni el calor de la zona tórrida ó el frio del mar glacial. Los hijos de Albion y tambien sus hijas, abandonan á veces sus cómodas habitaciones y sus placeres, y emprenden largos viajes para distraerse é instruirse al mismo tiempo. Francia, España é Italia no tienen la palabra yacht en sus diccionarios; los hombres opulentos de esos paises no son aficionados á las espediciones marítimas; prefieren el fastuoso lujo de las grandes ciudades, y por esto no figuran en la historia de dichas potencias nombres como el de Rodney y Nelson. La Gran Bretaña se ha considerado como la reina de los mares desde hace muchos siglos, y su poderosa marina ha sido siempre el primer elemento de fuerza con que ha contado para combatir á sus enemigos.

Ya desde niña era la hermosa Julia de constitucion muy delicada, y habiendo aconsejado los médicos que viajase por mar, sus padres, que eran muy ricos, la compraron un pequeño buque. Desde entonces la jóven se aficionó en extremo á las espediciones,

y hasta en Italia, á donde habia ido para restablecer su salud, conservó su decidida aficion á los viajes, que la servian de distraccion y de recreo al mismo tiempo. Merced á esta circunstancia, pudo ofrecer Julia á la familia del escultor un seguro asilo.